

RAÍZ



JUAN JOSÉ DÍAZ TÉLLEZ

PRÓLOGO 1: INFIERNO

La noche era oscura y fría. La más oscura y la más fría que recordaba haber visto en su vida. El reloj de su coche marcaba en grandes números de color naranja las dos de la madrugada menos cinco minutos, y justo encima de la hora mostraba una temperatura cercana a los cero grados, lo que no era de extrañar si tenemos en cuenta que estaba en campo abierto, a las afueras del pueblo, y que aunque todavía no habían empezado los días duros de frío glacial, el invierno estaba a punto de ganarle la batalla de todos los años al otoño.

A pesar de ello, el hombre tenía el cuerpo empapado en sudor. Se acurrucó aún más junto al asiento de su automóvil. Tenía la llave colocada en el contacto, lista para arrancar a toda prisa si fuera necesario. La mitad de su cuerpo (lo que era bastante puesto que era un hombre muy voluminoso) estaba oculta a duras penas bajo el salpicadero, y no sabía cuánto tiempo más iba a poder soportar esa incómoda postura. El pedal del embrague hacía tiempo que se había incrustado en su cuerpo más de lo aconsejable, y una cosa parecida ocurría con sus mellizos, el freno y el acelerador.

Fuera, el reflejo de las llamas dibujaba siniestras formas sobre los cristales. Una curiosa mezcla porque estaba lloviendo como si alguien allá arriba hubiese decidido hacer un *remake* del *Diluvio*

Universal. Si no hubiera sido por la que estaba cayendo las llamas habrían consumido por completo el pueblo hacía tiempo. Aunque por momentos, la lluvia torrencial parecía avivar las llamas en vez de apagarlas. Aquel desagradable líquido viscoso que cubría las calles era tan inflamable como la gasolina, pero infinitamente más difícil de controlar.

Reunió la poca fuerza de voluntad que aún le quedaba y levantó la cabeza lo suficiente para mirar fuera, ni un milímetro más. A menos de un centenar de metros, el pueblo era pasto de las llamas.

Trataba de justificarse pensando que no había tenido otra salida que provocar el incendio. Había tenido que hacerlo. Era la única forma de acabar con la pesadilla. Por encima de su cabeza, el cielo amenazaba con licuarse por completo.

De repente sintió que le faltaba el aire. Más que eso, estaba convencido de que se ahogaría si no abría la maldita ventanilla del coche aunque fuesen sólo unos centímetros. Lo hizo, y el olor a madera quemada le golpeó la nariz como un puñetazo.

La sensación de ahogo se incrementó. Trató de bajar por completo la ventanilla, pero se atrancó a la mitad. Por primera vez en su vida, sintió claustrofobia. Tenía que salir del coche ya, en ese mismo momento, sin esperar ni un jodido segundo más. Tiró hacia arriba del seguro de la puerta y agarró el manillar con las manos temblorosas. Se le resbaló un par de veces por el sudor mezclado con el agua de la lluvia que entraba por el hueco que había conseguido abrir, y aunque al fin consiguió girarlo, la puerta siguió cerrada.

—¡Mierda! —maldijo entre dientes. Acababa de recordar que tenía cita con el mecánico para arreglar el seguro esa misma semana, pero no creía que pudiera acudir. Primero porque estaba bastante ocupado, como demostraban los reflejos anaranjados del incendio

y el olor a humo, y segundo porque el taller estaba en ese preciso momento siendo pasto de las llamas junto a su dueño.

Sacó el brazo y tanteó nerviosamente en la oscuridad en busca del tirador exterior de la puerta. El ambiente fuera era gélido en comparación con el del interior del coche.

—Pues espera un poco, que se va a poner más calentito. Si sigue lloviendo así se va a desbordar la presa, pero si para de llover las llamas alcanzarán los matorrales y se va a quemar todo en varios kilómetros a la redonda —dijo en voz alta.

Sintió un dolor agudo en la muñeca, y el frío de pronto le pareció insoportable.

«Un calambre, demasiado frío fuera» pensó, y siguió tanteando en busca del tirador, pero algo iba mal. Se le habían entumecido los dedos tanto que no sentía el tacto de la puerta.

Metió de nuevo el brazo en el coche con la intención de girarse e intentarlo con la otra mano. Al hacerlo, descubrió que parte de la camisa blanca había desaparecido, y que de paso se había llevado la mano consigo. Cuando fue capaz de apartar la vista del hipnótico agujero sangrante miró hacia fuera.

El niño pelirrojo estaba allí. Bajo la lluvia torrencial.

Sonreía.

Y entre sus colmillos triangulares y puntiagudos, asomaba un trozo de camisa blanca.

—¡Jodeer! —gritó, y trató de arrancar el coche con su única mano. Giró la llave y el motor (gracias a Dios) rugió ruidosamente. Pisó el embrague y metió la primera. Soltó la palanca de cambio de marchas y cogió el volante. La pechera de su camisa se teñía por

momentos de color vino tinto, y ya sólo una de las mangas mantenía el blanco immaculado original. Soltó el volante para cambiar la marcha, y el coche se zarandó y estuvo a punto de irse al terraplén. Por el retrovisor la figura del niño pelirrojo comenzó a quedar cada vez más atrás con su sonrisa de pesadilla. Por delante, el pueblo en llamas se acercaba. A pesar de que había puesto los limpiaparabrisas a funcionar a tope, no daban abasto para desalojar tanta agua.

—¡Y una *Mierda* con mayúsculas! —exclamó con rabia.

Pisó el freno, y con todo el esfuerzo del mundo, metió la marcha atrás. Apretó el acelerador, justo a tiempo de ver, a medias entre la iluminación anaranjada de las llamas y la blanca de las luces de marcha atrás, como la sonrisa del pelirrojo se convertía en una mueca de asombro.

Pasó sobre él, y sintió como el coche rebotaba al aplastarlo primero con las ruedas traseras y luego con las delanteras. Lo repitió unas cuantas veces, adelante y atrás, hasta que el bote del coche se hizo bastante menos perceptible.

—*Descansa en trozos* —dijo, y aguantando las náuseas se encaminó hacia el pueblo. El agua golpeaba el techo del coche con un estruendo ensordecedor y él estaba perdiendo sangre a borbotones. Se detuvo y, como pudo, ayudándose de la boca, arrancó un trozo del faldón de la camisa. La boca se le llenó con el sabor metálico de la sangre. Tenía el aspecto de un depredador, con los ojos desorbitados por el miedo y el trozo de camisa manchada de sangre colgándole a ambos lados de la boca, como si fuera su presa. La escupió, y se repuso a una nueva arcada que le estremeció todo el cuerpo. Consiguió hacer un precario torniquete que, aunque no detuvo del todo la hemorragia, si serviría para darle unos minutos antes de desmayarse, que era todo lo que necesitaba.

—Acabaré con esa maldita cosa antes de irme al otro barrio, lo juro —murmuró y pisó el acelerador a fondo.

Conforme se iba acercando al pueblo el calor se hacía más y más insoportable. Se arrepintió de no haber rellenado el gas del aire acondicionado cuando empezó a fallar a mediados del verano, pero ya era demasiado tarde para pensar en ello. Atravesó una primera nube de vapor blanco: el agua no conseguía apagar el fuego a pesar de la violencia con la que caía, y estaba convirtiendo el pueblo en una inmensa sauna. Cerró lo máximo que pudo la ventanilla a la vez que trataba de mantener la dirección del coche sujetando el volante con las rodillas. Le dio un ataque de tos del que pensó que no iba a poder salir, pero contra todo pronóstico, lo superó. Entre el humo, empezaron a aparecer las figuras borrosas; sólo una al principio, luego dos, tres... una decena... cientos de ellas. Las ruedas ya no se agarraban al asfalto, resbalaban sobre un manto viscoso y hacían aún más difícil la conducción.

—¡Lo sabía! —gritó, y aceleró a fondo. El motor protestó y las ruedas escupieron nubes de gravilla mezclada con cieno.

Entró en la avenida principal arrasando lo que encontraba a su paso. Lo que *antes* eran personas se colocaban delante del coche intentando detenerlo e irremisiblemente salían despedidas al ser atropelladas. Un grupo de figuras borrosas habían cortado el camino, amontonando bidones de basura y maderas medio achicharradas. En el grupo reconoció al mecánico, con la mitad de su cara convertida en una hamburguesa humeante. Su boca era un semillero de colmillos triangulares retorcidos en una mueca parecida a una sonrisa. Pensó en aprovechar para anular la cita, creía que el coche iba a necesitar más que el arreglo de la puerta, con toda probabilidad necesitaría chapa y pintura... mucha chapa y mucha pintura. Sonrió amargamente ante lo estúpido de la idea mientras el mecánico se estrellaba

contra el parabrisas y lo hacía añicos, para luego rodar sobre el techo del vehículo y caer detrás convertido en una bolsa de huesos rotos y cara humeante. El coche golpeó el montón de bidones y basura y se detuvo. Las cosas que antes eran personas se abalanzaron contra él. Se amontonaron sobre él. Desde fuera, sólo se veía un amasijo de cuerpos que se retorció, escalaba, golpeaba y arañaba intentando llegar a su conductor. Dentro, el hombre luchaba con todas sus fuerzas, que ya eran bastante escasas, para evitar desmayarse. El parabrisas, que había quedado muy dañado con el impacto contra el mecánico cedió, y una nube de manos le arañaron la cara, le agarraron, le pellizcaron... Consiguió poner la marcha atrás y aceleró. Las manos, junto a sus respectivos propietarios, desaparecieron dejando libre su campo de visión. Ahora el agua entraba a borbotones por el hueco que antes protegía el parabrisas.

Y entonces la vio.

Allí, al fondo. La causante de todo.

Aceleró por última vez en su vida. El coche crujió y por un instante temió que fuera a desintegrarse, pero aguantó. Al principio las ruedas giraban descontroladas sin poder moverse del sitio. Iban escarbando en el manto viscoso de lo que quiera que fuese aquella sustancia que cubría el suelo de todo el pueblo hasta que por fin llegaron al asfalto y el coche salió disparado. Y fue cogiendo más y más velocidad conforme se acercaba. Dos figuras más, las últimas, se interpusieron entre él y su objetivo.

—¿Papá? —dijo la niña más pequeña. Él la oyó con toda claridad en el interior de su cabeza.

—¿Eres tú? —preguntó la mayor. Aunque no podía distinguir sus rasgos a través de la gruesa cortina de agua, sabía que estaban cogidas de la mano, con sus camisones de color celeste. Como siem-

RAÍZ

pre lo recibían al llegar a casa del trabajo, antes de acostarse. Sabía que la pequeña llevaría en brazos a su inseparable conejito de peluche.

Y también sabía que, si no hubiese tantísimo humo, podría ver con claridad sus perfectas sonrisas y sus bocas llenas de colmillos triangulares.

Gritó, y el grito le brotó del fondo de su alma. Los ojos se le llenaron de lágrimas y apretó con todas sus fuerzas el pie contra el acelerador, que ya estaba de todos modos pisado a fondo.

—¡Noooo! ¡Papá! —retumbaron las dos voces al unísono como si su cabeza fuese una caja de resonancia.

El coche las derribó unas milésimas de segundo antes de convertirse en una bola de fuego al chocar contra la cabina.

PRÓLOGO 2: LA PRESA

Jaime Ruiz estaba de servicio en aquella noche de perros. Aunque no le hacía ninguna gracia conducir el coche patrulla por los caminos de tierra con la que estaba cayendo, en este caso no había tenido más remedio. Las comunicaciones con el pueblo vecino estaban interrumpidas desde esa mañana, coincidiendo casi con el inicio de la tormenta. Ni radio, ni teléfonos, ni nada por el estilo. La carretera principal, que como es lógico fue su primera elección, estaba inundada, así que tuvo que subir el monte por una cara para luego descender por la contraria hasta el pueblo. Y en esa tarea se encontraba enfrascado en ese momento.

El estruendoso repiqueteo de la lluvia sobre el techo del vehículo le crispaba los nervios. Para hacer aún más tensa la situación, desde hacía unos instantes había perdido la posibilidad de comunicarse con la comisaría. Era como una especie de *Triángulo de las Bermudas...* al llegar a cierto límite, cualquier intento de comunicación hacia el exterior era imposible.

Llegó a un recodo del camino desde el que pensaba que podría ver (si la espesa cortina de lluvia lo permitía) una panorámica del pueblo y, lo que más le preocupaba y que había sido el motivo principal

de su visita con un clima tan intempestivo, la presa. Esperaba que los técnicos hubiesen abierto las compuertas lo suficiente para poder soltar algo de agua, porque en caso contrario, con el temporal que llevaba casi doce horas seguidas cayendo, estaría a punto de reventar.

—Joder, no hay manera —dijo en voz alta al intentar usar los prismáticos desde el interior del coche. Si ya era imposible ver a dos palmos a través del parabrisas, más aún lo era enfocar a distancia. Se ajustó el chubasquero, se subió la capucha y reunió fuerzas para salir al exterior. Lo primero que sintió fue un vendaval que le dejó empapado de agua helada a pesar del plástico que lo cubría. Necesitó de todas sus fuerzas para cobijarse bajo un árbol desde el que tendría al menos una pequeña oportunidad para intentar hacerse una idea de la situación. Un relámpago dividió en dos el cielo con su arco eléctrico e iluminó la noche. No era muy buena idea meterse bajo un árbol con aquella tormenta, pero era imposible permanecer a la intemperie con un temporal de tales proporciones.

Lo primero que vio fue el fuego. Había focos a lo largo y ancho de todo el pueblo, que parecía haber sufrido el asedio de un ejército. El corazón empezó a golpearle con fuerza en el pecho. ¿Qué demonios era capaz de seguir ardiendo bajo esa cantidad de agua? Algún producto químico, sin duda. ¿Qué había pasado allí? Miró hacia la presa y la situación era bastante parecida. Se veían llamas a lo largo de toda su estructura, y, lo que hizo que casi se le cortara la respiración, en la zona de oficinas y control. Todo aquello era pasto de las llamas. Donde debía estar el personal técnico que velaba por el buen funcionamiento de las instalaciones sólo se veía un humo espeso.

Cogió los prismáticos e inspeccionó la presa de cerca. Se le heló la sangre en las venas. El agua rozaba el borde y había escapes por toda la superficie de la construcción.

—¡Mierda! ¿Qué se supone que hago ahora? —Dirigió la vista hacia el pueblo, mientras seguía hablando en voz alta—. Voy a volver a buscar ayuda. Esto tiene pinta de que va a reventar de un momento a...

La frase se quedó a medio camino y fue incapaz de terminarla. Estaba enfocando hacia lo que parecía la zona más castigada por las llamas, en la plaza central del pueblo. Allí había algo enorme que se movía. Dentro del fuego. Era como una especie de criatura dentro de una bola ardiente. A través de las llamas se veía una forma monstruosa que se retorció.

Y gente.

Por todos lados.

Se retorcían al mismo ritmo que la cosa. Y había algo más. Sombras. Veía sombras a través del fuego. Pero no eran producto de él. No las generaba el fuego. Parecían tener vida propia. Saltaban sobre la gente, y las... ¿consumían?

Dejó de oír el sonido de la lluvia a su alrededor. Sólo oía el latido desbocado de su corazón. Un terror inenarrable le empapó el alma igual que el agua le estaba empapando la ropa.

De repente, la cosa inmensa que ardía sufrió una especie de convulsión, un estertor y restalló contra el suelo como el domador hace sonar el látigo para llamar la atención de las fieras. Incluso a la distancia que estaba, el agente sintió las vibraciones. La cosa repitió la operación.

Una.

Dos.

Tres veces.

El suelo a su alrededor se resquebrajó y se hundió. Lo que quiera que fuese esa criatura desapareció en el agujero. Pero el temblor no se detuvo. Alrededor del policía empezaron a rodar piedras.

—No, no, no... —rogó, y enfocó los prismáticos hacia la presa.

Con un estruendo inimaginable, la estructura cedió y se vino abajo. Fue arrasada desde dentro por el agua que contenía. Sonó como una inmensa explosión mantenida en el tiempo, amplificada y multiplicada por el eco de los montes de alrededor. La avalancha de agua, piedras y barro destruyó por completo el lugar en el que hacía tan sólo unos instantes estaba el pueblo.

En sólo unos minutos, la hondonada en la que había nacido, en la que se mantuvo y a través de la cual se expandió a lo largo de generaciones, se convirtió en el lecho del nuevo lago.

Un lago que ocultaba para siempre en sus entrañas secretos que nadie podría llegar a imaginar jamás.

Jaime Ruiz también ocultó esos secretos, y con el paso de los años incluso llegó a convencerse de que nunca habían ocurrido. El resto del mundo, que no había vivido como él en primera persona aquel horror, sólo supo de la tragedia, de cómo un terrible error humano conjugado con un desastre natural que había provocado inundaciones en toda la región, acabó con la vida de cientos de personas

Pero él sabía que allí había pasado algo más.

Algo inexplicable.

Jaime estuvo una buena temporada de baja del servicio por un cuadro depresivo. Los psicólogos que lo atendieron llegaron a la conclusión de que se culpaba a sí mismo por no haber conseguido llegar a tiempo de evitar la tragedia.

RAÍZ

Tras meses de investigación durante los cuales se dragó el lago a conciencia, no se consiguió recuperar ni un solo cuerpo.

Los instrumentos electrónicos de medición, las máquinas, sensores y demás dejaban de funcionar de forma misteriosa al llegar a la zona, lo que dificultaba enormemente las tareas de investigación.

En unos meses, el caso se dio por cerrado y se indemnizó de manera conveniente a las familias de las víctimas.

PRÓLOGO 3: EXPROCONSTRUCCA

Miravalle de la Colina y EXPROCONSTRUCCA habían crecido en perfecta simbiosis. El pueblo surtía de trabajadores a *la fábrica*, como era conocida allí, y ésta a cambio proporcionaba al pueblo prosperidad y bienestar.

Excavaciones y Productos de Construcción S.A., que era su nombre sin abreviar, daba trabajo al menos al noventa por ciento de los habitantes del pueblo de forma directa o indirecta. La fábrica constaba en realidad de una cantera de la que se extraía la materia prima y de varias naves independientes en las que se transformaba el material extraído en los distintos productos que finalmente se comercializaban: todo tipo de materiales de construcción, desde el modelo de ladrillo más básico hasta las más sofisticadas piezas utilizadas en exteriores como decoración. Podía decirse sin temor a equivocarse que la fábrica era más grande que el propio pueblo.

Miravalle de la Colina dependía por completo de la fábrica. De no ser por ella, habría ido perdiendo habitantes hasta convertirse en un pueblo fantasma, como había ido sucediendo por toda la comarca.

Además, se vio ampliado de forma directa por la acción de la fábrica, que compró terrenos en Miravalle y construyó casas

que utilizaba como alojamiento para trabajadores cualificados que residían en otras provincias o incluso fuera de España, o como residencias puntuales para altos cargos en casos de reuniones de cierto nivel, e incluso donó algunas al Ayuntamiento para que fuesen utilizadas con fines sociales. Ni que decir tiene que, además de la buena imagen a nivel social que obtenía la fábrica, dichas casas eran utilizadas luego como elementos de catálogo para demostraciones a clientes interesados en sus productos o servicios.

En la actualidad, Miravalle goza de buena salud y tiene mejores perspectivas de futuro, gracias a la construcción de la autovía que le ha añadido un nuevo atractivo: la afluencia de transportistas y viajeros ha hecho renacer el sector servicios, con la creación de restaurantes y alojamientos para visitantes.

Sin lugar a dudas, Miravalle de la Colina no es un mal lugar para vivir.

CAPÍTULO 1: LA CABINA

Los dígitos del reloj de pulsera marcaban las ocho en punto de la mañana cuando se activó la alarma. El reloj comenzó a vibrar con suavidad, de manera casi imperceptible al principio, sobre la muñeca de la chica que aún seguía profundamente dormida entre las enmarañadas sábanas que había estado planchando sólo unas horas antes.

Poco a poco, la intensidad de la vibración fue en aumento hasta llegar al punto de ser molesta. Con los movimientos torpes de quien acaba de ser arrancada del sueño, Mabel desconectó la alarma pulsando a la vez los dos botones con su mano derecha, se sentó en la cama y se desperezó.

Le costó un esfuerzo considerable abrir los ojos, pero cuando lo hizo se alegró de ver que, al menos esta vez, el hombre del tiempo había conseguido un pleno con sus predicciones. Sentada desde la cama podía ver a través del ventanal como las nubes que desde hacía semanas parecían haber estado pegadas con *super-glue* al paisaje habían decidido por fin marcharse y dejar paso a un día brillante y soleado, preludeo del verano que estaba a punto de comenzar.

Apartó la ligera manta que usaba en las todavía frescas noches de principios de Junio y embutió sus pies en las zapatillas. Todavía recordaba, como si tuviera la banda sonora grabada en su mente, el

sonido del despertar en mañanas tan soleadas como aquella durante su niñez. Los pájaros cantando al nuevo día, el susurro de la brisa meciendo las hojas del abeto en el jardín y el tintineo de las tazas en la cocina, señal inequívoca de que mamá preparaba el desayuno. Aunque pudiera parecer ridículo, ese era el sonido que más echaba de menos desde la enfermedad. Tenía sólo ocho años cuando Dios decidió que sus oídos ya habían trabajado lo suficiente.

Nunca se había sentido desgraciada por no poder oír. Lo consideraba un precio que tuvo que pagar, una especie de cambalache. Aquellas extrañas fiebres causadas por un virus que ni siquiera los mejores especialistas sabían cómo tratar estuvieron a punto de llevársela, y cuando ya todos se temían lo peor, se recuperó de una manera que los médicos no dudaron en tildar de milagrosa. Había perdido el oído, pero a cambio seguía viviendo. A ella le parecía un buen trato, así que decidió que en vez de lamentarse lo más inteligente era aprender a vivir con su nueva situación. Y eso hizo.

Mabel levantó la mano y miró su reloj. Habían pasado ya diez minutos desde que la vibración cumplió su objetivo de despertarla.

—Ya va siendo hora de levantarse —dijo en voz alta.

Pensar en voz alta, como ella lo llamaba, era una costumbre que había adquirido a lo largo de los años. En casa lo hacía continuamente, y aunque trataba de evitarlo, también se le escapaba algunas veces en la calle, lo que la había llevado a más de una situación embarazosa.

Caminó arrastrando los pies hasta el tocador, y se sentó frente al espejo.

—Me estoy haciendo vieja —*pensó* de nuevo en voz alta, mientras examinaba con atención la piel de alrededor de sus ojos—. Veinti-

trés años —murmuró—. *Casi* veintitrés años —se rectificó a sí misma remarcando de forma exagerada el adverbio.

Ese era el motivo por el que se había levantado tan temprano un domingo. El miércoles iba a ser su cumpleaños y Laura le había prometido que vendría desde la ciudad a celebrarlo con ella. Tenía que limpiar a fondo, buscar en Internet una receta para cocinar algo especial, hacer las compras... un largo etcétera para el que, al final, seguro que no tendría tiempo.

Su hermana había tenido muy claro desde un primer momento que quería irse del pueblo. La Universidad fue la excusa perfecta para dar el primer paso. Allí conoció a Miguel, y todo fue rodado. Hasta nunca, Miravalle de la Colina.

Cuando su madre murió, hizo todo lo posible para convencerla de que se fuera a vivir con ella a la ciudad, pero Mabel amaba aquel pueblo. Conocía cada uno de sus viejos rincones y a todos y cada uno de sus habitantes. Sus vecinos eran conscientes de su problema de audición, y se habían adaptado a la perfección a vivir con él. Por supuesto, en un pueblo con tan pocos habitantes no existía una escuela especial para sordos, ni tenía un intérprete a su disposición cuando lo necesitase, así que se había convertido en toda una maestra en el arte de leer los labios. En el colegio sus profesores nunca hablaban dándole la espalda y trataban de vocalizar al máximo, remarcando cada una de sus palabras, a veces de forma exagerada, todo hay que decirlo, hasta el punto de resultarle casi imposible aguantar la risa.

Todo esto era sólo un ejemplo de lo que perdería si se mudaba a la gran ciudad (el *hormiguero*, como ella solía llamarla). Tan sólo pensar en convertirse en una más en la masa de seres anónimos, aislados hasta de sus vecinos de la puerta de enfrente, le ponía la carne de gallina.

Abrió el cajón del tocador y sacó un libro encuadernado en piel. Lo abrió por la página que tenía marcada, y con un bolígrafo negro escribió la fecha en la parte superior de la hoja, con letras mayúsculas.

«Domingo... poco trabajo para mi diario» pensó mientras lo hacía. En aquel diario, y en los treinta y cinco anteriores volúmenes, que tenía perfectamente alineados en la estantería de su habitación, se recogían con detalle todos y cada uno de los sucesos importantes que habían acontecido en Miravalle de la Colina desde que su hermana, a la tierna edad de doce años, decidió regalarle su primer diario. Otro granito de agradecimiento en el inmenso montón dedicado a Laura.

En realidad había realizado un trabajo minucioso. La verdad es que se podría escribir la *Gran Enciclopedia Ilustrada de Miravalle de la Colina*, en treinta y cinco maravillosos volúmenes a todo color, basándose únicamente en aquellos diarios... aunque con total probabilidad no sería un número uno en ventas. No creía que hubiese muchos futuros lectores interesados en la vida y milagros de las gentes de un pequeño pueblo de unos pocos cientos de habitantes.

Cerró el diario, lo dejó sobre el tocador, y colocó el bolígrafo a su lado. Tras comprobar con un último vistazo los "*estragos*" que había provocado el paso del tiempo en su cara, se dirigió hacia la ventana para abrirla y dejar que la habitación se ventilase.

Desde allí, hacia la derecha, tenía una vista parcial de la plaza del pueblo. Hacia el centro, la avenida principal lo recorría longitudinalmente hasta la entrada desde la autopista. A la izquierda, se podía ver el límite físico del pueblo con el bosque.

Se podía decir que había un antes y un después perfectamente definido en la historia del pueblo. La línea que separaba ese antes

y ese después tenía nombre propio: la autopista. Cuando se construyó, cambió por completo la fisonomía del pueblo. Como Laura decía con total acierto, antes de la autopista “sólo llegaba a Miravalle el que iba a Miravalle”. El pueblo no estaba camino de nada, era el fin del camino. Con la construcción de la autopista, empezaron a llegar visitantes, en su mayoría camioneros que paraban a repostar o a pasar la noche, y el desvío hacia Miravalle de la Colina empezó a ganar enteros. Se abrieron negocios antes impensables, como la pensión de *Mamá Lola* o el restaurante de *Emma*.

De repente, algo captó la atención de Mabel. No era nada extraño ver grandes camiones en la entrada del pueblo ahora que aparecía en los mapas, pero aquél que estaba aparcado en la linde del bosque era realmente algo fuera de lo común.

Era negro y brillante como el alquitrán caliente recién extendido, y gigantesco, tanto que le hizo dudar si la distancia a la que se encontraba la estaba confundiendo. En la cabina del conductor comenzaban unos dibujos de llamas que, en intrincados diseños laberínticos, se mezclaban entre tonos rojos, anaranjados y amarillentos y recorrían la caja hasta llegar a la puerta en la parte contraria a la cabina. Ninguna marca comercial o letrero visible indicaba el nombre de la compañía ni el tipo de mercancía que transportaba en su interior. A Mabel le vinieron a la memoria los coches *tuneados*: sólo le faltaba ver las luces azules bajo la carrocería y los altavoces sobresaliendo por las ventanas de la cabina.

Corrió hacia el extremo opuesto de la habitación, donde se encontraba el escritorio, y cogió los prismáticos de campo que guardaba en el cajón superior. Se apresuró en volver a la ventana y los enfocó hacia el camión. Los cristales de la cabina estaban ahumados, así que era imposible ver el interior. Recorrió el vehículo con la vista, examinándolo con detenimiento. Desplazó los prismáticos de derecha a iz-

quierda, comenzando por la cabina. Sin esperarlo, una figura apareció en su campo de visión. Un hombre delgado vestido con un mono de trabajo negro y con una gorra de visera roja la miraba fijamente desde el extremo opuesto a la cabina. El corazón le dio un vuelco. Bajó los prismáticos, avergonzada, y corrió las cortinas de un tirón. Se sorprendió de cómo su corazón estaba al galope como un caballo desbocado. Esperó un buen rato, y separó una de las hojas de la cortina, apenas el espacio suficiente para colar una de las lentes del prismático. Utilizándolo ahora como un catalejo, apuntó de nuevo hacia el extraño camión. El *Hombre Delgado* estaba junto a la cabina. Hizo el ademán de abrir la puerta, pero su mano se detuvo a centímetros del tirador. Mabel se fijó en lo extraordinariamente esquelética que era aquella mano, casi cadavérica. El *Hombre Delgado* giró la cabeza con una agilidad felina, sobrehumana, y miró a Mabel. Más que a ella, directamente a su ojo, atravesando como un puñal de hielo la única lente del prismático que, de manera casi imperceptible, asomaba por un hueco entre las cortinas a muchos metros de distancia.

El *Hombre Delgado* sonrió, y Mabel comenzó a temblar con tanta fuerza que los prismáticos resbalaron de sus manos y cayeron con un sonido ahogado sobre la alfombra. Sintió que su cuerpo pesaba tanto que los músculos de las piernas no tenían suficiente fuerza para sostenerla en pie. Se le doblaron las rodillas y fue resbalando poco a poco, con la espalda sobre la pared, hasta quedar sentada mirando hacia el interior del cuarto. Al apoyarse arrancó las anillas de una de las hojas de la cortina, que cayó sobre ella, cubriendo parte de sus hombros. Durante un buen rato estuvo así, en esa misma posición, sin atreverse a mover un músculo, llorando. El ojo que había utilizado para mirar por el *prismático-catalejo* le escocía como si le hubiesen echado sal. Cuando por fin el temblor remitió un poco, y aún sin ser capaz de levantarse del suelo, se arrastró hacia su bolso que estaba junto a la cama. Sacó de él un estuche de maquillaje que siempre

RAÍZ

llevaba encima, lo abrió, y examinó el ojo que le molestaba. Lo tenía enrojecido, como si hubiera sufrido un aparatoso derrame. Se arrastró de vuelta hacia la ventana, que ahora tenía un aspecto raro, con una hoja de la cortina echada y la otra arrancada de cuajo. Se arrodilló, y poco a poco asomó la cabeza.

El camión se había ido, y Mabel dio gracias a Dios por ello.

En el lugar que antes ocupaba ahora había una cabina telefónica.

*¿Quieres conocer **antes que nadie** todo acerca de mis novelas? Nuevos títulos, curiosidades, noticias, sorteos, regalos...*

Suscríbete a mi **lista de correo** a través del siguiente enlace: **eepurl.com/bNU5vL o escanea con el móvil este código QR**



Si quieres ayudarme a dar a conocer esta novela, además de apoyar mis futuros lanzamientos, **te agradecería que dedicases un instante a dejar un comentario en el sistema de votos de AMAZON.** Muchísimas gracias por tu interés en mis historias.

Sin tu apoyo, ni esta novela ni mis obras futuras tendrían sentido.